

EL ZAPATERO ARNOLDO

Earl Lovelace

Traducción: Yolanda Rincón de Rada

El zapatero Arnoldo se plantaba en la puerta de su pequeña zapatería, manos en las caderas, su cuerpo tenso, en actitud de propietario y, hombre de una terquedad inquebrantable, pregando, no sin cierto aire de satisfacción, que si en su vida no había sido un triunfador, al menos el mundo no lo había derrotado. Aunque es difícil imaginar cómo podría ser derrotado este hombre que mostraba un carácter tan duro, inflexible y pependenciero, daba tal sensación de estar listo para la pelea que si la Contrariedad tuviera que escoger a alguien para buscarle pleito, seguro que no sería al zapatero Arnoldo. Para él, el mundo era su zapatería. Allí, él era dueño y señor y cualquiera que entrara a su tienda tendría que someterse no sólo a sus opiniones sobre zapatos, cueros y aprendices de zapatería, sino también a sus puntos de vista sobre política, mujeres, religión, objetos voladores, o cualquiera de los miles de temas que decidiera discutir, de manera que a través de los años había llegado a tal extremo que ninguno de los lugareños se

molestaba en discutir con él, y a quien se atreviera a sostener lo contrario de lo que él afirmaba, rápidamente le advertía: “este lugar es mío. Aquí hago lo que me plazca. Digo lo que quiero. Y a quien no le guste que se largue”.

Su propia esposa había tomado en cuenta esa advertencia hacía ya muchos años y se había mudado, con sus tres hijos, no sólo de la casa, sino del pueblo, dejándolo con sus opiniones, una inclinación creciente por el alcohol y el fastidio de tener que prepararse su propia comida. Posiblemente a él le hubiera gustado llevarse a una de las muchachas del pueblo a vivir con él, pero era demasiado orgulloso para aceptar que tenía hasta esa necesidad y veía pasar a las muchachas por el frente de su zapatería, escondiendo detrás de su ceño de desagrado, una mirada, si no lasciva, sutil y escrutadora; pero si alguna de ellas miraba hacia adentro, él refunfuñaba: “que se le ofrece?”. Así, entre él y las muchachas existía esta relación de antagonismo y deseo, de acoso y desafío, ellas, caminando con más garbo y soltura cuando pasaban por la zapatería, contoneando con coquetería las caderas y guiñando los ojos, y él, frunciendo el ceño, desagradado.

Con los jóvenes del lugar, su relación no era mejor. Según él, ninguno de ellos quería trabajar y no les iba a permitir que usaran su zapatería para haraganear. A lo largo de los años había recibido a numerosos aprendices, pero no duraban más de uno o dos meses, a veces solo un día, luego los despedía; no fue sino cuando Norberto vino a trabajar con él que tuvo lo que podría considerarse un empleado regular.

Pero Norberto no era ningún santo. Era un vagabundo, era un tomador de ron, era exactamente esa clase de gente que uno no

esperaba que Arnoldo tolerara más de cinco minutos. Norberto molestaba a las muchachas, era compinche de los vagos, jugaba, tomaba demasiado, y cada vez que se le antojaba levantaba el vuelo y no volvía sino al mes. Arnoldo siempre lo aceptaba a su regreso. Por supuesto, él refunfuñaba y se lamentaba, pero los lugareños que lo oían siempre le respondían: "hombre, a ti te gusta. Te gusta que Norberto vaya y venga cuando quiera, que haga lo que quiera. Te gusta."

Además de sus escapadas, Norberto robaba el dinero de Arnoldo, vendía un par de zapatos, perdía uno que otro zapato, cobraba a la gente y se embolsillaba el dinero, a otros no les cobraba nada y hacía cualquier tipo de maldad imaginable en esas circunstancias. El hecho de que Norberto era indiscutiblemente tan resabiado debe haber sido lo que llevó a Arnoldo a mostrar una de sus raras cualidades, la compasión. Era como si Arnoldo necesitara a Norberto como un medio a través del cual revelar no sólo al mundo, sino a sí mismo, que él poseía esa cualidad; demostrarse a sí mismo que él no era la persona pendenciera que la gente suponía que era. Así, en aquellas ocasiones que recibía con regocijo al sempiterno pródigo, Arnoldo, magnánimo y compasivo, se sentía imbuido de la idea de su propia bondad y pensaba que en el mundo, verdaderamente no había un alma más generosa que la suya.

Hoy era uno de esos días. Dos semanas antes de Navidad, Norberto había salido a buscar hielo a una licorería a pocos metros de la zapatería y había regresado ayer. "Bien, pensaba Arnoldo, 'mira como yo no me enfado', Arnoldo". Arnoldo estaba contento porque tenía trabajos que la gente había pagado por adelantado y vendrían a recogerlos la víspera de Año Nuevo. Esa era una de las cosas que él apreciaba en Norberto. Norberto era leal, pero tenía que

tomar a pecho las cosas serias. El era leal para demasiadas cosas frívolas. Era leal con la muchacha que entraba de pasada y quería un vestido, con el amigo que quería un trago. Si un amigo pasaba en un camión y le decía: "Norberto, vamos para San Fernando", Norberto dejaba los zapatos que estuviera reparando, saltaba al camión, sin ni siquiera una muda de interiores y se iba. No era el ron. Era una especie de locura, algo que llevaba dentro de él y lo dominaba. A veces, regresaba una semana más tarde, sucio, demacrado, flaco, como si hubiera viajado alrededor del mundo en un depósito de carbón, se deslizaba dentro de la zapatería, se sentaba y comenzaba a trabajar como si nada hubiera pasado. Y sabía trabajar cuando quería. Norberto sabía trabajar. Cualquier tienda de Puerto España estaría feliz de tenerlo. Un trabajador leal. Fíjense, esta semana cuando la mayoría de los comerciantes ha cerrado ya por Navidades, Norberto está aquí trabajando como una máquina para tenerle a la gente los zapatos listos. Sensibilidad. Esto demuestra sensibilidad. La gente no tiene sensibilidad, repito, pero Norberto sí. Es la forma de tratar a la gente, pensó. Hay que comprenderlos. Fíjese, qué tranquilidad, él está trabajando en mi zapatería este gran día, víspera de Año Nuevo, mientras que todos los demás en la isla están de fiesta.

Desde la puerta, Arnoldo observaba a dos muchachas que bajaban por la calle, bonitas, jóvenes, con el espíritu de la lluvia y de la brisa a su alrededor. De pronto, sus ojos percibieron una carreta tirada por un burro, que avanzaba lentamente por la Calle Principal hacia Sangre Grande, y permaneció allí enfrente de su zapatería, los labios apretados, mirando pasar la carreta. El viejo Moisés, el carbonero, sentado en el pescante, adormecido, la quijada sobre el pecho y las riendas en su regazo. En la parte de atrás, un pequeño niño sentado, con una gorra puesta y una camisa harapien-

ta, sus ojos vigilantes, los pies colgando a los lados de la carreta, una mano sobre un perrito blanco y marrón sentado cerca de él.

Un sitio muerto, pensó Arnoldo, viendo a las muchachas que regresaban; y mirando hacia el cielo observó los negros nubarrones, y pensó que iba a llover y miró la carreta. Moisés se dirigía hacia el monte, se va a mojar hasta los huesos, se dijo". Y como si de pronto le irritara este pensamiento, exclamo: "pobre Moisés, no tiene familia con quien pasar el Año Nuevo", su tono retumbaba de rabia. "Por qué su familia no trata de que se quede en la casa y lo deja beber y comer y ser feliz en Año Nuevo, en lugar de subir al matorral para que la lluvia le empape los huesos? Así es como vivimos en este mundo" exclamó, sentándose en la banqueta y agarrando el zapato que tenía que reparar. "Así es como vivimos. Como bestias".

"Tal vez él quiera ir al monte", replicó Norberto. "Tal vez él va a ver su carbón, no vaya a ser que se queme y se vuelva cenizas".

"Como bestias malditas", dijo Arnoldo. Bestias", como si no hubiera escuchado a Norberto.

Pero después, una vez que había comenzado a trabajar, había tomado el ritmo de coser y cortar y golpear el cuero, y había empezado a encerar firme y suavemente el pabito, el sentimiento de la llegada del Nuevo Año lo conmovió, y pensó en las muchachas y la lluvia, y pensó en su propia vida y su soledad y en su bebezón, y en el mundo y la gente, en la gente sin familia que vive en las calles y orfelinatos, y en los bancos de los parques, debajo de los árboles. "El mundo tiene que controlarse a sí mismo", dijo. "El mundo tiene que controlarse... y tú, Norberto, tienes que controlarte", dijo, mencionando por primera vez el asunto de la ida de Norberto hacía

dos semanas y su regreso solamente el día anterior. "No estoy contra ti. Tú sabes que no estoy contra ti. Yo hablo porque sé lo que es la vida. Hablo porque sé del tiempo. Tiempo es todo lo que tenemos, muchacho. Tiempo... Un tiempo para vivir y un tiempo para morir". Oyes lo que digo, Norberto?

"Qué dice?".

"Digo, que hay un tiempo para vivir y un tiempo para morir... Tú piensas que nosotros vivimos?"

Norberto inclinó la cabeza un poco hacia atrás y por unos momentos pareció que estaba contemplando el espacio, pensativo y concentrado.

"Nosotros nos estamos muriendo", respondió, "nos estamos muriendo, coño!".

"Carajo!, tienes razón. El ron nos está matando. El ron. Ni las bombas, ni el cáncer, ni algo parecido. El ron. Tú crees que el ron podría matarte?"

Norberto haló el hilo de la puntada y sonrió.

"Pero en este lugar el ron, ¿qué otra cosa podría matar a un hombre aquí? ¿Qué otra cosa se puede hacer sino tomar, consumirse y morir. Es por eso que yo hablo. La gente no me entiende cuando hablo, pero es por eso que yo hablo".

Norberto, sonriendo, hilvanó una puntada, con una mano sostenía el zapato y con la otra halaba el pabilo: "Nos estamos muriendo, coño!", como si hubiera encontrado una verdad que debía atesorar entonces. "Nos estamos muriendo... coño!"

"Por eso es que yo hablo. Yo quiero que nosotros... que tú te controles, que pongas un poco de aceite en tu lámpara y un poco de agua en tu vino".

Norberto río. El estaba alegre, aun cuando había dicho “nos estamos muriendo, todos nosotros, todo el mundo, ja, ja, ja, ja!” y levantó el martillo y comenzó a golpear la puntada que había hecho en el cuero. “Ja, ja, ja, ja”.

Arnoldo había terminado el zapato que estaba reparando y vio entonces la pila de zapatos que había en la zapatería. “Un día de estos voy a vender todos los zapatos que la gente no ha venido a buscar. Ellos apuran y apuran para que uno se los arregle. Uno gasta cuero, pabilo, clavos, tiempo. Uno gasta tiempo y, un año después, los zapatos todavía están aquí, vigilándolo a uno. Voy a vender todos estos malditos zapatos, este Año Nuevo”.

“Todos nosotros, cada uno de nosotros”, repiqueteaba Norberto.

“Es por eso que esta zapatería parece siempre un basurero”.

“Vamos a buscar un trago de ron, no?”, dijo Norberto, y cuando Arnoldo lo miró, exclamó “yo lo compraré. Es víspera de Año Nuevo, hombre”.

“¿Ron? Arnoldo vaciló. ¿Cuántos años tienes, muchacho?”

“Veintinueve”.

“Veintinueve! Estás bromeando. Quiere decir que yo te llevo veintiún años? Nos estamos muriendo de verdad. Norberto, nos estamos muriendo. Muchacho, la vida realmente te ha estropeado”. Y tiró el zapato que estaba reparando.

“Tenemos tres pares de zapatos más que la gente viene a buscar esta tarde”, dijo Norberto, cauteloso. “Los de Corbie, los de Synto y las sandalias de Willie Paul”. Arnoldo se agachó y cogió de nuevo el zapato. “La vida no te ha tratado bien. ¿Soy yo veintiún años mayor que tú? Oye, hombre, me asustas. Cuando veo a jóvenes como tú en esa condición... oye, Norberto, dime algo, ¿yo luzco tan estropeado como tú? eh!, dime la verdad. Yo luzco tan estropeado como tú?”

Norberto, replicó: “nos estamos muriendo, coño, todos nosotros todo el mundo”.

“No, dime en serio, yo luzco tan estropeado como tú?”

“Ahí viene alguien”, exclamó Norberto.

“Qué desea?”, preguntó Arnoldo con aspereza. Era una de las muchachas del pueblo, una joven rolliza con una pollina pegada a la frente, lo que la hacía parecerse a un potro gordo.

“Oiga, no tiene por que gritarme. Vengo por los zapatos de Synto”.

“Está bien, no quiero vagos en la puerta. Entre, siéntese y espere. Estoy terminándolos”. Vio que ella volvía la mirada hacia la calle y hablaba con alguien. “Alguien vino con usted?”

“Sí, pero no quiere entrar”.

“Que entre también, no quiero vagos en la puerta. Este es un sitio de trabajo”. Gritó, “entre. Por qué se queda ahí?”

La muchacha que entró era la misma que le recordaba la lluvia y el musgo y las hojas. Trató de apartar la mirada de ella, pero no pudo. Y ella también lo miraba.

“Me tiene miedo?” y no supo cómo sonó su voz aunque en ese momento él quería que sonara fuerte.

“Un poco”, respondió ella.

“Siéntese”, le dijo y los ojos de Norberto por poco se le salen de las órbitas. Qué era lo que veía? Arnoldo se levantaba, buscaba la silla del rincón y hasta la desempolvaba. “Siéntese. Los zapatos ya van a estar listos”.

Ella lo miraba reparar los zapatos, y la zapatería parecía grande como la inmensidad y llena de maravilla y lluvia y musgo y hojas verdes.

“Es hija de Synto?”.

“Sobrina”, respondió ella.

Y cuando él terminó de reparar los zapatos, miró a su alrededor en busca de un papel para envolverlos, porque se había dado cuenta que ella no había traído una bolsa. “Cuando venga a buscar los zapatos debe traer algo para envolverlos. No puede llevarlos así, sin nada”.

“Verdad”, respondió ella. “Verdad”. Rápidamente, como si quisiera complacerlo.

El halló un periódico viejo que había guardado para leerlo cuando tuviera tiempo, envolvió los zapatos y los amarró con un pabilo, se los entregó y ella los tomó y dijo “gracias”, con esa carita graciosa y esa voz que hizo que algo se quebrara dentro de él, y se fue, dejando la maravilla en la zapatería, y la fragancia del musgo y los aloes y las hojas. y era como si su trabajo hubiera terminado. Y cuando recobró su aliento, se metió la mano en el bolsillo, sacó dinero y ordenó a Norberto: “anda y compra un trago”. Y se tomaron el trago los dos hombres, y Arnoldo preguntó a Norberto “a dónde fuiste cuándo saliste a buscar el hielo?” y realmente él no esperaba una respuesta, porque ya había comprendido cómo Norberto podía, cómo un hombre podía salir y largarse. El había entendido que él también podía dejarlo todo y marcharse.

“La pasaste bien?”. Aunque esas no eran las palabras correctas. ¡La pasaste bien! —la gente no se marcha para pasarla bien. Es por algo más. Es algo más profundo, una llamada, algo que enardece la sangre, la mente. “¿Sabes lo que quiero decir?”

“Sí”, respondió Norberto, amable, triste, sosegadamente y consternado por Arnoldo, pero no quería manifestarlo.

Arnoldo exclamó: “yo me estoy muriendo también” y se levantó y dijo abruptamente: “este lugar necesita unos cuadros. Y debemos tener bolsas de papel como un establecimiento auténtico” y con la misma sonrisa, continuó “oye esto, eh! La muchacha dijo que me tenía un poco de miedo. Si, supongo que es correcto. Un poco. No que me tiene miedo. Me tiene un poco de miedo”.

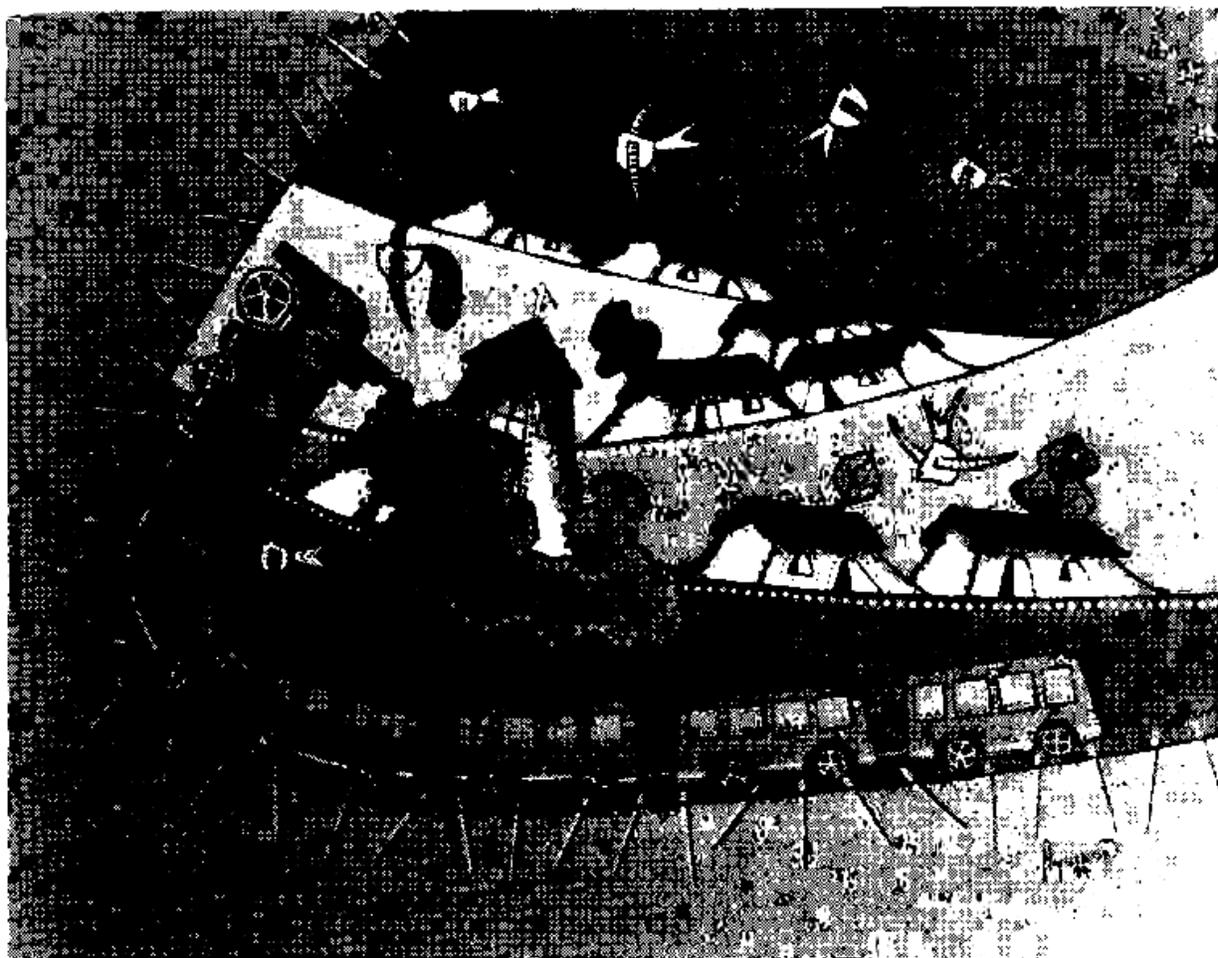
Cuando cerraron la tienda, ambos subieron a Tapaná Trace, a la casa de Britto. Este los esperaba.

“Ah”, dijo Britto, llegó el hombre. Desde antes de Navidad estoy tomando y no puedo emborracharme como antes. Pero lo veo llegar”.

Entraron y Britto arregló la mesa y puso tres botellas de ron sobre ella, una delante de cada uno, un frasco de agua y un vaso para cada uno y comenzaron a beber.

A la media hora entró el conjunto de los aguinalderos y cantaron un aguinaldo y un joropo, y bebieron, y Norberto empezó a cantar con ellos la agradable y festiva música venezolana, que hizo que a Arnoldo le dieran ganas de llorar. Y luego vino la noche, y el conjunto de la parranda todavía permanecía allí, y llegó la familia de la mujer de Britto y un par de amigos de éste y las mujeres empezaron a bailar con los niños y, entonces, Josefina, una vecina de Britto arrastró a Arnoldo hasta el patio y él trató de bailar un poco y luego se sentó, y ellos descolgaron la lámpara de gasolina y la bombearon y la esposa de Britto trajo la porción de lapa que había cocinado con leña en el patio y comieron y bebieron, y con la música y los niños, todo, todo era realmente hermoso. Era realmente hermoso. Y Norberto más rascado que sobrio, sentado en un rincón, hablando con la hermana de Clemencia, agarró otra botella de ron y cuando la acercaba a sus labios, percibió la mirada de Arnoldo y

vaciló, luego se la llevó a la boca y exclamó: “déjenme morir”. Y Arnoldo se sentó y pensó en la muchacha, aquella que llenaba el mundo de maravilla y con la fragancia de los aloes y hojas y musgos, y pensó que si ella estuviese allí, a su lado, estaría contento de morir también.



Costa Rica. Gilberto Aquino Pérez. **CUESTA ARRIBA**, Acrílico, 50.8 X 46.6 centímetros. Participante del V Salón de Arte Popular "Salvador Valero". Estado Trujillo, Venezuela

Cuba

André Marnia Briones.

COLORES, COLUMNAS Y VITRALES DEL CARIBE, Acrílico, 42 X 52 centímetros. Mención Honorífica del V Salón de Arte Popular "Salvador Valero". Estado Trujillo, Venezuela.

